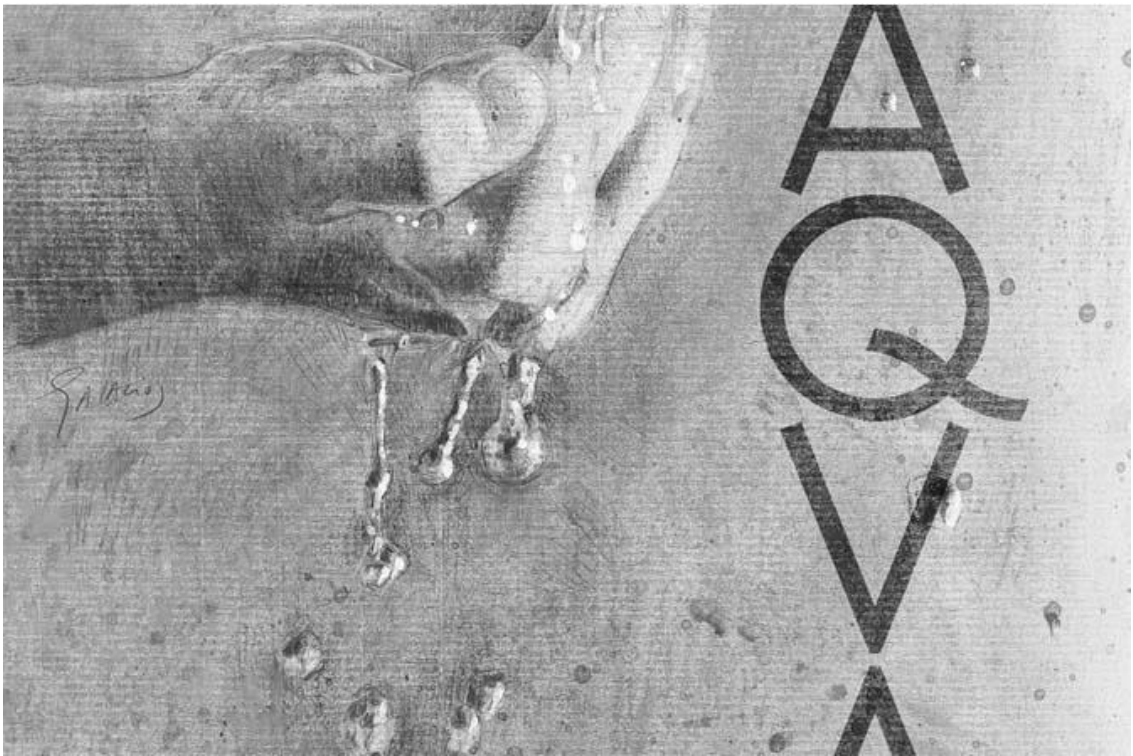


Francisco García Martínez



Que bien sé yo la fonte...
Meditación teológica sobre el agua

Para aquello de lo que no se puede hablar

Antes de iniciar una reflexión teológica sobre una realidad material tan concreta como el agua es necesario apuntar unos presupuestos para que no quede bajo la sensación de estar realizando simplemente juegos del lenguaje que no apuntan a una realidad real. La razón de fondo por la que se hace necesario es que nuestro mundo ha sido sometido culturalmente a la lógica del lenguaje científico-técnico que tiene como objetivo el conocimiento de las leyes ---del universo y su utilización práctica para la organización del mundo, fuera de cuya lógica nada parece poder ser defendible como real. Quizá su máxima expresión sea la utilización absolutizada de la máxima con la que Wittgenstein cerraba su *Tractatus: De lo que no se puede hablar mejor es callarse*; o el desprecio con el que se afirma de algunas reflexiones: *eso no es más que poesía*.

Sin embargo, este lenguaje científico, que ofrece al hombre seguridad en el trato con la realidad, cuando se hace absoluto, limita sus posibilidades, al encerrar su grandeza en la espiral sin novedad de una vida sometida a reglas inexorables que dejan al hombre vacío de sentido. Frente a este lenguaje lo propio del hombre siempre ha sido la poética, no solo la acción sobre la realidad (*poiesis* entendida como producción causal), sino la búsqueda de la verdad, la belleza y el bien en esta acción (*poiesis* en cuanto creación, creatividad), lo cual no tiene leyes fijas y predeterminadas, sino que incluye el azar y la libertad como configuradoras de la realidad. Este es el verdadero mundo del hombre, el mundo verdaderamente humano que ha dado a luz sus mejores palabras y obras.

Por eso el hombre ha necesitado siempre el lenguaje poético donde se expresa su más alta cualidad, la de sobrepasar la realidad fáctica dándole un sentido. De esta manera el lenguaje verdaderamente humano, que habla sobre la verdad de las cosas, sobrepasa lo que puede decir descriptiva y probativamente, ya que necesita expresar la esperanza, el compromiso, la pasión, el juicio moral, a Dios... que ciertamente forman parte de la vida del hombre en medio del mundo. Este lenguaje, llamado simbólico o poético, revela el misterio que la realidad acoge y que se abre para él en la misma medida que el hombre se dice a sí mismo. En este lenguaje el hombre reconoce la potencia sobreabundante que las realidades cotidianas tienen para referir su propia vida. De esta manera el mundo se dice todo entero en el hombre y el hombre se dice solo en la medida que abre la realidad más allá de su facticidad a la significación que pide y posibilita.

La realidad se dice, pues, en nosotros los hombres en una relación de reconocimiento y significación. Toda la realidad nos pide darle sentido y, a la vez, se ofrece como lenguaje para expresar nuestro misterio más íntimo, el sentido de nuestro ser. Por eso, no será extraño que la vida humana esté llena de afirmaciones (refranes, poemas, canciones, relatos...) impregnados de la reverberación de realidades naturales que simbolizan las esperanzas y los miedos, las posibilidades y los abismos, la facticidad y el sentido de la vida... e incluso que el mismo lenguaje científico no tenga más remedio que acogerlas para expresarse.

Es así como la poética del agua ha entrado en la reflexión sobre lo humano y lo divino en todas las culturas y también en la revelación del Dios cristiano. Y es en esta perspectiva en la que se moverán nuestras afirmaciones. Sin ella la vida misma y su lenguaje se convierten en *tierra reseca, agostada, sin agua* donde no es posible habitar humanamente. Y es esta perspectiva la que debe adoptar cualquiera que en una exposición no se deje llevar por un esteticismo vacío, formal que termine siendo, como lo son todos, decadente.

Se hace necesario, por tanto, como han puesto de relieve tantos pensadores del siglo XX, volver al lenguaje mítico (la poética de los orígenes humanos) en una segunda inocencia, que liberada de la fantasía de sus formas nos haga comprender la realidad en su hondura. No tanta fantasía, pero sí más misterio. Algo que el mismo Wittgenstein ya hacía notar al afirmar: *Cuando se han resuelto todas las cuestiones científicas, entonces comienzan los verdaderos problemas de la vida humana.*

El agua como símbolo primigenio

Vayamos pues a nuestra palabra asociada en todas las culturas a su comprensión básica del mundo. En el mundo antiguo fue pensada como uno de los cuatro elementos constitutivos de la realidad, que se intentaban identificar como hace nuestra conocida tabla periódica de elementos, aunque quizá no en el mismo sentido. No en una disección de elementos separados manipulables, sino en el entramado de las relaciones constitutivas de la existencia global del mundo, desde las dimensiones estructurales que constituyen la realidad total. Intentemos imaginarnos por qué el fuego, el aire, la tierra y el agua eran pensados como los elementos que conformaban la realidad y propongamos la siguiente respuesta intuitiva: ¿No está la realidad compuesta siempre de una facticidad bruta, de una realidad material indeterminada en su significado (que representaría la *tierra*), de un espacio abierto de posibilidades múltiples e impredecibles, de una libertad que se escapa de las manos (el *aire*, el viento), de una energía, vitalidad y pasión que vitaliza y mata (el *fuego*) y de un misterio de fecundidad que suscita la vida sin ser ella misma esta vida (el *agua*)? En este sentido el agua se vio siempre como expresión del misterio íntimo de la vida y, por tanto, como un elemento básico de la misma constitución de la realidad. Conocida en su realidad inmediata se

convirtió en expresión simbólica de uno de los misterios que habita el conjunto de toda la realidad: aquello que nos hace fecundos habitándonos y, a la vez, pertenece a una hondura a la que nos resulta imposible acceder y dominar.

Ahora bien, este símbolo no ha remitido solo a una dimensión de la realidad en su conjunto, como en la 'teoría' científico-mitológica de los cuatro elementos, sino que, debido a la diversa relación que el hombre ha entablado con ella en todas sus formas, casi todas las culturas y religiones dan muestras de su capacidad para simbolizar el misterio de su existencia y no solo de la composición de la realidad. Entre ellas cabría destacar tres: el agua como espacio primigenio de la vida, el agua como signo de purificación o renovación, y el agua como acontecimiento de destrucción, a menudo en una relación interna entre ellos.

El agua es considerada como un útero maternal primigenio en donde toma forma y aparece la vida. Todo nace de las aguas. Ellas "representan la infinidad de lo posible, contienen todo lo virtual, lo informal, el germen de los gérmenes..." (J. Chevalier). La retirada de las aguas en los deltas y su posterior fecundidad, así como la vitalidad de los ríos y los lagos incluso o precisamente en medio de tierras áridas, al igual que el nacimiento de la vida humana de un medio acuoso han hecho intuir que en ella se esconde una verdadera potencia generativa, dando lugar a su configuración como símbolo de la misteriosa realidad que hace surgir la vida más allá de nuestro poder y que se encuentra siempre como dada.

Por otra parte, el agua es igualmente una realidad destructiva que posee un poder aniquilador. Ni siquiera el hombre actual se encuentra al amparo de esta experiencia como dejan sentir las riadas y tsunamis padecidos periódicamente. Nunca puede el hombre dominar la vida que se revela dada con una fecha de caducidad siempre misteriosa e impredecible, la vida se crea y se destruye en nosotros mismos al margen nuestro y pese a nosotros, algo que la potencia destructiva del agua revela a la perfección. En este caso igual que su símbolo complementario, el fuego.

Este poder destructivo del agua es, también y de alguna manera, reconocido como necesario e incluso como benéfico, así la inundación que hace desaparecer las tierras las renueva en su fecundidad, tal y como experimentaban los habitantes de los márgenes de los grandes ríos y como se manifiesta en las tierras fértiles de todas las vegas. Aquí se asienta la significación del agua como espacio de regeneración: hay que morir a determinadas realidades para crecer, para que la vida se renueve, tal como muestran tantos ritos de paso algunos de ellos configurados por baños regeneradores. Además esto queda igualmente subrayado por el poder higiénico del agua que remite a las necesarias purificaciones por las que debe pasar la vida para librarse de lo que en ella solo trae muerte.

Así pues el agua en su presencia más inmediata se convierte en el lenguaje humano en signo de algunas experiencias fundantes del hombre en las que define su sentido en medio del mundo.

El agua como símbolo en la revelación cristiana

La revelación de la que la experiencia cristiana da testimonio de como Dios mismo ha insertado en el mundo una lógica de la renitencia, una lógica que hace que en el contacto del hombre con el mundo la realidad pueda hacerse expresión de su presencia divina. De esta forma, el hombre pueda relatar su propia vida en relación con Dios no solo a través de experiencias históricas, sino también a través de realidades naturales que se ensanchan en su significado desde esta historia (Sal 19, 2-5). Así se podría decir que el mundo se dice en el hombre y en él está llamado a ser reflejo de la gloria de Dios.

Pasemos pues a ver cómo la historia ha insertado en la lógica de la simbología natural determinados elementos de revelación por los que Dios mismo se hace presente en la vida del hombre y le hace comprenderse en su realidad más honda. En un primer momento explicitaremos algunas de estas dimensiones remitiéndonos a determinados relatos donde esto queda reflejado, y posteriormente nos detendremos en cómo se ha insertado esta simbología en el diálogo de Dios con el hombre.

Tanto el origen de la creación como el origen del pueblo se narran en la Escritura como acontecimientos de advenimiento desde el interior del agua. Las aguas se abren y de ella nace la vida del mundo y del pueblo. Así en el capítulo primero del Génesis, el mundo aparece al retirarse las aguas sobre las que el espíritu de Dios se convierte en palabra que llama a la existencia. Por otra parte el libro del Éxodo narra cómo el pueblo de Israel adviene a ser un pueblo libre y por tanto un pueblo con identidad en sí, a través del paso de las aguas. En el interior de las aguas existe un suelo firme, tanto en un relato como en otro que es ofrecido como espacio de vida para el mundo y para el elegido. Esta será la referencia que permanezca en el imaginario de Israel tal y como apunta el libro de la Sabiduría: *Se vio a la nube dar sombra al campamento con su sombra y de lo que antes era agua emerger la tierra seca. El Mar Rojo se convirtió en un camino transitable y el oleaje impetuoso en una llanura verdeante por donde pasó un pueblo entero, protegido por tu mano, contemplando prodigios admirables* (19, 7-8).

Ahora bien, este fondo donde la creación y el hombre hacen pie es la misma vida de Dios que suscita espacio en sí mismo para ofrecer existencia a otros: nada adviene fuera de Dios aun siendo lo distinto de Él, como dice san Juan de la Cruz: *su origen no lo sé pues no lo tiene/ mas sé que todo origen de ella viene*. Por eso, que las aguas se retiren, que se abran, quizá no signifique más que la retracción de Dios para ofrecer espacio de realidad a lo distinto, a lo innecesario pero posible y deseado desde Él, desde un interior preñado de posibilidades,

desde su misterio de vida en plenitud que se abre ofreciendo un espacio para lo distinto a lo que hacer partícipe de la vida y de su amistad (creación y alianza). El agua ha pasado así, después de la experiencia histórica de Israel, a expresar la vida de Dios como lugar genético de la vida de la creación y del hombre en ella como hijo suyo, tal y como bien expresa el relato del bautismo de Jesús cuando saliendo del agua oye: *Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco* (Mc 1, 11). Así la vida de la creación no tiene para el hombre un origen simplemente azaroso, sino que está constituida por una relación de origen personal con un destino de comunión.

Además de este primer significado, el agua es percibida paradójicamente como potencia de destrucción, como hábitat de lo monstruoso. El espacio abierto por Dios en sí mismo parece poder estrecharse de nuevo y aniquilar lo que contiene en su interior, tal y como haría pensar el relato del diluvio recogido en el Génesis. Dios parece mostrarse en una primera lectura de estos versículos como una potencia aniquiladora. Sin embargo a poco que uno se fije en la situación que describe el relato, las aguas destructoras que se abaten sobre la humanidad coinciden con la violencia de los hombres, que se extiende sobre el mundo cuando estos pretenden ser dueños de la vida sin dejar espacio a Dios, sin reconocer su limitación, la deficiencia de su vida como lugar donde descubrir el don de la vida recibido. Así pues, el dios que provoca el diluvio no es sino el ídolo, la presencia desmesurada del hombre que se autodiviniza ocupándolo todo y cerrando a su alrededor el espacio para los otros. He aquí la potencia destructora de la vida que, recibida, se vuelve contra sí misma en un intento de imitar la vida de Dios y abocando a la humanidad a un callejón sin salida.

Como veremos un poco más adelante, esta interpretación coincide con la experiencia del hombre que se ahoga en la violencia del otro, como bien expresa el salmo 124, 1-5: *Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte, que lo diga Israel, si el Señor no hubiera estado de nuestra parte cuando nos atacaron los hombres, nos habrían devorado vivos en el volcán de su ira; nos habrían tragado las aguas, el aluvión que nos arrastraba; nos habrían arrastrado las aguas turbulentas*. Los monstruos marinos que todavía aparecen en algunos relatos bíblicos van convirtiéndose en la revelación en expresiones de la misma vida del hombre cuando su potencia de vida no se retrae como la de Dios para hacer sitio, para suscitar el espacio y el encuentro, sino que se ensancha en un intento de afirmarse en sí y para sí (Is 51, 9). Será Cristo el hombre que expresará plenamente esta dimensión de la vida de Dios haciendo sitio a los oprimidos por el mal (Hch 10, 38) y así es representado en el relato en el que, en medio del mar tempestuoso de la violencia de los hombres, sus discípulos se sienten perdidos, y él se presenta como el que venciendo a las fuerzas de la tempestad ofrece confianza, salvación de parte de Dios (Mc 4, 37-41). Así pues, Cristo retoma históricamente la acción de Dios de hacer sitio cuando los hombres han creado o se han convertido en dioses perversos que someten y aniquilan la vida de sus semejantes. Frente a este ídolo violento, reverso de la humanidad como imagen de Dios, que actúa sin posible control como la potencia de las aguas

tempestuosas, solo Dios tiene poder para limitar su acción: *Solo Él extiende los cielos y camina sobre las espaldas del mar* (Job 9, 8; Sal 62).

Ahora bien, esto ha de suceder en la vida real de la historia, donde el espacio dado por Dios al hombre está siempre al borde de la pérdida en el conflicto interhumano, donde los hombres no ha sabido realizar su verdad como imagen de Dios y están en continua pugna unos con otros. En este ambiente el hombre que se asemeja a Dios haciendo sitio y revelando el sitio robado a tantos hombres se convierte en enemigo a aniquilar por los poderosos. Y es en el anegamiento en la violencia de los hombres que sufre Jesús donde revelará que el espacio que abrió Dios para la creación, para su pueblo y para cada hombre no se pierde y es guardado en su misma vida. Su resurrección manifestará entonces el espacio raíz donde Dios nos creó, donde Dios nos guarda, donde hacemos pie incluso sobre la muerte, sobre el rechazo del odio (Col 3, 3-4). También esto queda reflejado en el segundo relato de Jesús de pie sobre el mar en medio de la tormenta, invitando a la confianza: *¡Ánimo! Soy yo. No temáis!* (Mc 6, 47-51a).

Por último quisiéramos centrarnos en una tercera imagen, la del manantial. El agua remite aquí a la potencia de fecundidad que habita el interior misterioso de la realidad, fecundidad que sin embargo adviene a la creación desde una hondura interior que esta no puede alcanzar, percibiéndose entonces como un don. Las aguas primigenias de las que hablábamos como espacio de posibilidades múltiples se identifican aquí con la más profunda potencia de vida que habita la creación y al hombre. El hombre percibe que sin esta energía, sin este gen de vida, podríamos decir, su existencia se agota volviendo a identificarnos con el polvo inerte de la tierra estéril que nos constituye. El agua entonces no remite solo a la fecundidad, sino al origen misterioso de la misma, origen que parece ser interior al mundo y a la vez recibido.

El símbolo así utilizado aparece en la Escritura en tres relatos importantes todos ellos enmarcados en la experiencia del binomio esterilidad (sequedad) - fecundidad recibida. El primero es el manantial que hace surgir el paraíso en torno a él (Gn 2, 6). Este manantial que ofrece una vitalidad fontal al espacio del hombre viene apuntado de forma paralela al aliento que Dios insufla en el interior del hombre hecho de polvo (Gn 2, 7). El narrador expresa así cómo la vida con la que el hombre se ha encontrado fuera y dentro de sí no es una cualidad propia ya que comprueba cómo tanto la tierra como él mismo están amenazados de continuo con volver a convertirse en estepa y polvo: *Les retiras tu aliento y perecen y vuelven al polvo* (Sal 104, 29); también: *Escondes el rostro y se espantan, les retiras el aliento y perecen y vuelven al polvo. Envías tu aliento y los recreas / y renuevas la faz de la tierra* (Sal 104, 29-30). Así pues el agua que misteriosamente da vida se convierte en signo del aliento vital de Dios al que la vida le pertenece como condición propia, como energía de fecundidad siempre en acto.

Esto es lo que queda reflejado en el siguiente relato que encontramos en el profeta Ezequiel (47, 1-12). El manantial surge ahora en el umbral del templo,

por tanto en el mismo Dios. Se describe cómo a la vez que el agua se va extendiendo, hasta llegar a ser un vado inabarcable, su presencia va haciendo renacer la vitalidad muerta de la naturaleza. Este torrente inabarcable y a la vez de origen misterioso parece no ser sino la misma vida de Dios que lleva a la creación a participar en la efervescencia de su exuberancia y amortalidad. Si en el primer texto el escritor revela que no hay vida sin Dios, en este afirma que Dios tiene poder para renovar la vida enferma, caduca, y que esta renovación proviene exclusivamente de Él, aunque como afirmará el salmista es necesario abrirse a su irrigación en la meditación y cumplimiento de su Ley: *Feliz el hombre (...) que pone su gozo en la ley del Señor meditándola día y noche. Es como un árbol plantado junto al río: da fruto a su tiempo y sus hojas no se marchitan; todo lo que hace le sale bien* (Sal 1, 1-3).

La experiencia cristiana en la que Cristo es reconocido no solo como ejemplo, sino que es experimentado después de su resurrección como Espíritu de vida va a releerse a partir de este símbolo. Es el evangelista Juan quien en varios momentos muestra a Jesús ofreciéndose como manantial de vida. En medio de su pueblo, en el templo, donde grita ofreciendo su ser como manantial vivo, permanente, en el interior del creyente: *Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba. Como dice la Escritura, de lo más profundo de todo aquel que crea en mí brotarán ríos de agua viva* (Jn 7, 37-39). En el encuentro con la samaritana, se adelanta una extensión universal del don, al ofrecerse Cristo sin mediación institucional étnico-religiosa, se ofrece como pozo que hace nacer en el interior del hombre el brote de la vida eterna (Jn 4, 13-14). De esta manera el evangelista identifica a Jesús con el lugar desde el que Dios mismo comunica su propia vida viva, eterna, sobreabundante a los hombres, tal y como se refleja narrativamente en su relato de la crucifixión, donde el costado de Cristo abierto por la violencia del hombre se transforma en un signo de su vida dada (Jn 19, 34). San Pablo identificará este don de Dios que acompaña y sostiene los pasos para que no perezcan volviendo al polvo con un Cristo que se adentra en nuestros desiertos y se ofrece como roca que da de beber (1Cor 4, 10).

Así pues en esta tercera significación del agua, el hombre creyente reconoce en ella la energía espiritual que habita la creación llenándola de vida, que coincide con el Espíritu de Dios que alienta la creación, la sostiene, e igualmente con el aliento divino que le hace fecundo desde el misterio insondable de su propio ser irrigado de continuo por un Espíritu que le conduce esperanzado hacia la vida como afirman el profeta: *El Señor te guiará siempre, te dará agua en el calor del desierto, y te fortalecerá. Serás como un huerto regado, como un manantial inagotable* (Is 58, 11; Jer 31, 12). Este Espíritu termina por identificarse con el Espíritu de Cristo que hace partícipe de la misma vida interior de Dios.

El agua en el diálogo con Dios

Hemos visto cómo el creyente ha utilizado el agua para expresar la forma en la que, en medio de una historia plagada de amenazas, ha sido constituido en su identidad personal y de pueblo por la presencia liberadora de Dios. Una presencia que otorga no solo la bienaventuranza de una tierra de paz y justicia donde la fecundidad suscitada por Él pudiera disfrutarse por todos, sino la acogida de todos los hombres en el océano de su propia vida al compartir el Espíritu filial del Hijo.

Si en estos relatos teníamos la afirmación confesante del creyente expresada en torno al símbolo del agua, nos gustaría ahora detenernos en una reflexión sobre cómo este símbolo interviene en la experiencia existencial y no solo confesante del creyente. Una existencia que podría describirse como anhelo de vida plena vivido entre la serenidad y la angustia frente a Dios. Un anhelo vivido entre el grito suplicante y el silencio confiado de la oración, entre la sequedad de su vida y la fecundidad que le da la participación en la vida de Dios a través de su ley o de su Espíritu. Estos tres polos, anhelo, serenidad y súplica reflejan la estructura triádica que hemos presentado en torno a la vivencia espiritual del agua. Comencemos por el primero.

En el salmo 42, un hombre comenta: *Como busca la cierva corrientes de agua, así, Dios mío, te busca todo mi ser. Tengo sed de Dios, del Dios vivo. Se siente alejado de la vida, como si le hubieran robado las fuentes interiores de la vitalidad y la alegría. Llora, desfallece, está abatido, preso de la nostalgia...* Percibe cómo la vida y sus conflictos han tupido la fuente interior desde la que Dios mismo le sostenía, fuente divina que era cantada en el templo. La razón es que los otros se han convertido en enemigos: *¿Por qué he de andar afligido, hostigado por el enemigo? Con gritos que rompen mis huesos me insultan mis adversarios, repitiéndome todo el día: ¿Dónde está tu Dios?* (v. 10b-11). El hombre parece recibir la vida interior de Dios a través de la vida exterior que le ofrecen sus compañeros de camino y perderla cuando estos le dan la espalda, abandonándole u oprimiéndole.

Por eso, Jesús en una especie de exceso de remuneración promete su salvación a quien ofrezca un simple vaso de agua fresca a los pequeños que viven desalentados (Mt 10, 42). Sorprendentemente, en este gesto el hombre se hace imagen de Dios pudiendo alentar las fuentes de la vitalidad interior de los otros, aunque solo el último Adán, Cristo, es el compañero vivo que nunca da la espalda convirtiéndose en fuente interna de vida (Jn 7, 37-39; 1Cor 15, 45). Por eso todo creyente al reconocer en Jesús al Mesías pide con la samaritana: *Dame de beber*, sabiendo que como ella ha buscado en muchos maridajes fallidos la vida que nadie puede dar sino Dios. Esta es la oración cristiana de la confianza y del anhelo de quien sabe que Cristo acompaña a los suyos como una roca firme que se abre desde siempre para saciar la sed en medio de nuestros desiertos (1Cor 10, 4).

En segundo lugar, este anhelo de vida que nos constituye, tal y como deja constancia el salmo anterior, está visitado de continuo por la amenaza de la muerte en sus múltiples formas. Una muerte frente a las que el hombre comprende su debilidad y su impotencia. *¡Sálvame, oh Dios, que estoy con el agua al cuello! Estoy hundido en un cenagal sin fondo, no puedo hacer pie, me he metido en aguas profundas, me arrastra la corriente... Sácame del cieno, que no me hunda, que me vea libre de los que me odian y de las aguas profundas...*, dice el creyente del salmo 69. Una muerte cuyo origen parece atribuirse en este salmo a las propias complicidades con el mal (*me he metido*) o a la injusticia de los malos que se alza contra uno mismo (*los que me odian*). Muerte que aniquila no solo el cuerpo sino la esperanza del alma, que anonada el ser total que solo tiene como posible valedor a aquel en quien la muerte no tiene ningún poder, el Dios de la vida.

Por eso el cristiano, no solo impulsado por la esperanza de que Dios hará justicia en el mundo en un futuro, sino meditando la resurrección de Cristo ya dada, se enfrenta a esta situación de dolor apropiándose de esta victoria y confesando junto a otros: *Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte nos habrían tragado vivos... nos habrían tragado las aguas...* (Sal 124, 1-5). El creyente sabe que el mundo está habitado por un mal que le ahoga desde su interior y desde el exterior. El justo sabe que la mera justicia no le puede sostener, pero sabe igualmente que en medio de las olas de la injusticia del mundo puede gritar a Cristo, que tiene en sí la vida fuerte de Dios: *¿No te importa que perezcamos?* (Mc 4, 38). Y este grito que muestra en apariencia nuestra falta de fe es, sin embargo, la verdadera pronunciación de esta por una humanidad que vive su verdad mortal, su pequeñez y sus límites, sus miedos y su impotencia, en diálogo con Dios y confianza en Él.

Por último, el creyente se siente invitado a apoyarse en Dios en quien está la fuente de su ser. Camino difícil y lleno de pruebas en el que aquel que se ofrece al hombre como fundamento en amor debe aprender a acogerlo en una fe que se desnuda de toda otra realidad que no sea la entrega en amor. Es así y solo así como Dios llega a convertirse para los hombres en suelo firme y en roca de la que brota permanente el agua de la vida (Sal 77, 20; 78, 20). El acontecimiento decisivo de la vida del hombre termina siendo el reconocimiento de Dios como espacio fundante de su vida, como lugar inasible y a la vez firme de su existencia. Frente al mundo que parece dar seguridad a los pasos del hombre, Dios puede manifestarse inicialmente como un océano inmenso de nada, sin embargo mientras avanza la vida todo se va revelando frágil y sin fundamento propio de forma que en nada se puede hacer pie para sostenerse. Nacemos del abismo misterioso de Dios, dibujado míticamente en aquellas aguas primordiales símbolo de la vida inabarcable, insondable, llena de plenitud de vida y fecunda de Dios cuyas huellas se hacen tan difíciles de reconocer a veces, aunque es en ellas donde hemos de aprender a hacer pie sostenidos solo por la fe, pues, como afirma san Juan de la Cruz, *suelo en ella no se halla y ninguno puede vadealla*. Como ya había afirmado el autor del salmo 77, 20 antes citado: *Te abriste un*

camino por el mar, un sendero por las aguas caudalosas y nadie descubrió tus huellas.

Esta búsqueda de cimiento firme para la vida supone enfrentarse sin ingenuidades a la propia mortalidad que nos traga. Así la vida de fe consiste en aceptar la muerte sin darle la última palabra a la vista de la resurrección de Cristo: *¿Dónde está, muerte, tu victoria?* (1Cor 15, 55). La promesa de vida que suscita el mismo acto de la creación es validada irrevocablemente por Dios en esta resurrección de Cristo que termina representándose a la luz del símbolo que venimos reflexionando, como un andar sobre las aguas (Mc 6, 48). Este es el camino del hombre que, cuando toca de una manera u otra su condición mortal, suele perder las huellas de Dios, pero que finalmente, siguiendo el cauce de la misma vida de Cristo, puede experimentar el don de la vida definitiva, como se relata ejemplarmente en la historia de Pedro que inicialmente parece ahogarse en medio de las aguas y es rescatado por Cristo (Mt 14, 24-34).

En este itinerario la asimilación de la vida de Dios, debe atravesar por un momento de ahogo, de oscuridad absoluta, que coincide con la sensación de ser expropiado de la propia libertad, pero que no es sino la invitación a arraigarla en la voluntad de vida de Dios para nosotros, en el misterio salvífico en que hemos sido pensados y, por otra parte, en la sensación agónica de ser expropiados de nuestro poder y aceptar la propia muerte (la propia limitación) entregándonos a una vida invisible, inasible e indomeñable que sin embargo nos sostiene. Este es el bautismo existencial en el que hemos de renacer a la vida eterna y que se nos ofrece en la aceptación del señorío de Cristo sobre nuestra vida: *¿Podéis beber la copa de amargura que yo he de beber, o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?* (Mc 10, 38). Este es el cáliz de aguas amargas y noche oscura que bebió Cristo y sobre el que se levantó venciénolo para nosotros: *¡Ánimo! soy yo. No temáis* (Mc 6, 50). Este es el lugar, como ha intuido el evangelista Juan, donde la cruz impuesta por la historia sobre todos los hombres se convierte en manifestación de la gloria de Dios, donde las heridas de Cristo nos sanan (Is 53, 5) y su costado abierto se convierte en una fuente de salvación para el mundo (Jn 19, 34).

El río de la vida y el bautismo

Así pues el manantial originario, invisible, herida abierta de autolimitación que se autoinflige Dios para hacer surgir la creación, se visibiliza en la misma vida de Cristo, fuente carnal de la vida humana verdadera, vida que se nos ofrece como Espíritu de vida eterna. Un Espíritu donde ya no hay judío ni gentil, esclavo ni libre, hombre o mujer y por eso se convierte en ríos que abarcan, como los del paraíso, los cuatro puntos cardinales sobrepasando las fronteras cerradas de todos los paraísos creados por el hombre. Es en él donde la humanidad puede reactualizar su imagen verdadera, aquella pensada por Dios para habitar su misma vida.

La Iglesia se hace testigo así de la encarnación de la fuente originaria de la vida, de Dios que ya no se presenta como una hierofanía solemne para darse a conocer y decidir sobre la vida de los hombres por encima de ellos, sino como un verdadero sacramento, uniéndose a la carne y a los gestos de la creación y del hombre. He aquí el misterio de Jesús, Hijo de Dios y Mesías, y el misterio del mismo bautismo cristiano como lugar no solo de revelación y compromiso, sino como acontecimiento originario de la vida del hombre donde este encuentra su hondura originaria a la vez que la vida de Dios se abre en él. La materia creatural, la materia humana se hace lugar de relación comunional. He aquí el misterio último del bautismo, que abre la fuente escondida, tupida del hombre donde Dios mismo habitaba desde siempre y le invita a beber con su mismo corazón la forma de Cristo para encontrar en ella el lugar interior que Dios reserva para todas sus criaturas, el lugar filial que Dios creo para todo hombre.

Este bautismo supone, como decíamos, entregarse al Señorío de Cristo. En este sentido, no hay verdadero bautismo sin fe, no hay verdadero bautismo sin diálogo abierto donde el hombre se haga vulnerable al amor de Dios, donde se entregue incondicionalmente, pese a su debilidad, a dejarse conducir por el cauce de Dios con la personalidad del torrente de vida que Dios suscita en él. Por eso no es fácil aceptar el bautismo y requiere una conversión que la invitación de Jesús no esconde: *¿Podéis beber la copa de amargura...?* (Mt 10, 38). Pero es en este camino que nos sumerge en la muerte confiada, entregada al Padre, de Cristo, donde renacemos escuchando con él las palabras del cielo abierto para nosotros: *Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco* (Mc 1, 10-11). Palabras eternas que nada puede borrar cuando las pronuncia Dios sobre nosotros. El discurrir de la existencia será después el espacio donde aprender a vivir este acontecimiento inicial de la vida cristiana, como si el bautismo dado fuera recibido a lo largo de un itinerario donde la fuente de la vida de Dios nos va acompañando en nuestros desiertos para que bebamos y nos entreguemos a ella en fe y amor. Así lo experimentó el pueblo de Israel en el desierto cuando Dios mismo les acompañaba como una roca donde saciar la sed de cada día, roca que san Pablo identifica con el mismo Cristo (1Cor 10, 4) y que San Juan de la Cruz identifica con la eucaristía reconvirtiendo el símbolo del desierto y sustituyéndolo por el de la noche: *Aquesta eterna fonte está escondida/ en este vivo pan por darnos vida.../ en este pan de vida yo la veo,/ aunque es de noche.*

Y es en esta fuente eucarístico-bautismal donde va reapareciendo, este es el deseo de Dios, su mismo designio paradisíaco en el que la realidad del mundo se va convirtiendo en expresión de la gloria de Dios, donde el hombre se va reconociendo hermano, partícipe de una misma vida paternal. Una fuente que no se agota nunca en los que reciben la bendición de su frescor, sino que en ellos se torna bendición para todos, una fuente de aliento y fecundidad. Una fuente que dice *tomad, bebed*, y que va eliminando en el que bebe el miedo a ofrecer su misma vida diciendo a los que se cruzan en su camino: *tomad, bebed*. Una fuente donde el pecado queda anegado suscitando la vitalidad de las posibilidades perdidas del amor, como anunciaba Ezequiel que sucedería cuando el río de la

misericordia de Dios llegara a tocar *el mar Muerto* (Ez 47, 8). Una fuente donde todos vengan a buscar el agua con la alegría del que ha perdido el temor que suscita la amenaza del enemigo, pues lo sabe vencido y sin posibilidad de envenenar finalmente la vida. Una fuente en la que se bebe poco a poco y también en medio de lágrimas, pues la fecundidad de sus aguas debe esperar a la primavera que otorgan las nieves del invierno, que mientras van llenando los aljibes interiores de la carne y de la tierra nunca dejan ver el fruto si no es en esperanza.

Una fuente que nos hace zahoríes de vida, que inserta en el que bebe de ella esa sensibilidad para percibir cómo el misterio de Dios se revela por doquier con su nombre o sin él, y que sabe por tanto alabar a Dios en la vida cotidiana junto a los creyentes y junto a los que no lo son. Una fuente a la que solo invitados podemos acceder. Una fuente a la que nos conducen solo los santos, que si es verdad que a nosotros nos parecen grandes fuentes de vida, son simplemente pequeños surtidores del océano inmenso de la gracia que es Dios mismo, como ellos saben en la humildad adquirida al beber la misma humildad de Dios.

La invitación

La narración de la historia de Dios con los hombres que se nos ofrece en la Escritura no pretende simplemente hacernos comprender o enseñarnos a vivir, así pues una lectura que se quedara ahí sería demasiado estrecha. La narración pretende más bien que nos decidamos a participar en esa misma historia donde Dios comparte su vida. Por eso termina con una invitación.

Si el Génesis de las Escrituras describía la vida naciendo de las aguas espirituales de Dios mismo, tal y como hemos visto, del manantial de su presencia dada, y justo en su mitad proclamaba la bienaventuranza de quien se enraiza en el cauce de su vida que fluye acompañando la vida del hombre (Sal 1), finalmente, para que esta vida no se pierda, el Apocalipsis invita a todos a venir y beber de balde (21, 6; 22, 1. 17). Así pues no podríamos terminar la reflexión sin hacer nuestra esta invitación abierta a todos.

Me mostró entonces el ángel un río de agua viva, transparente como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero, y me dijo: Al que tenga sed, le daré a beber gratis de la fuente del agua de la vida.

Venid por agua todos,
bebed de mi pecho
el Espíritu de amor.

Venid por agua todos
si notáis tierra en vuestro paladar reseco,
gustad el agua fresca de la vida.

Venid por agua todos
si se envenenó vuestra carne
y la vida brota moribunda en vuestro ser,
bañaos en el Jordán de mi misericordia.

Venid por agua todos,
dejad por un instante el lamento seco del cinismo
que bebéis en los aljibes agrietados
de vuestro pecado
y empararos del sabor esperanzado de lo nuevo.

Venid todos,
probad el agua convertida en vino
en la fiesta de mi amor,
gustad el don de esta ebriedad serena
que os busca desde siempre,
que susurra acompañando el cauce de vuestros pasos
la promesa fiel con que nacisteis en mi Palabra.

Venid, venid todos y bebed.